

Pasando á ser colegiala del convento, Coseta tuvo que vestir el hábito propio de las alumnas de la casa. Juan Valjean obtuvo que le devolvieran las ropas que se quitaba, y que no eran otras que aquel mismo traje de luto con que él la hizo vestir cuando abandonó la posada de Thénardier. Todavía no estaba muy usado. Juan Valjean encerró estos atavíos, juntamente con las medecitas de lana y los zapatos de la niña, bien impregnado todo de alcanfor y de todos los aromas de que abundan los conventos, en un baulillo que él logró procurarse. Colocó esta maleta sobre una silla junto á su cama, y siempre llevaba la llave consigo. — ¿Padre, le preguntó un día Coseta, qué caja es esa que le vale tan bien?

Aparte de la gloria que acabamos de referir, y que él ignoró siempre, el tío Fauchelevent fué recompensado de su buena accion; en primer lugar, porque la satisfaccion que experimentaba en el fondo de su alma le hacia feliz; en segundo, porque se disminuyeron las tareas de su trabajo, dividiéndolas con tan excelente auxiliar, ó coadjutor, como en su formal lenguaje le apellidaban las madres. Por último, como él gustaba mucho del tabaco, halló en la presencia del señor Magdalena la ventaja de tomar tres veces más tabaco del que ántes tomaba, y de una manera infinitamente más voluptuosa, á causa de que el señor Magdalena era quien se lo pagaba.

Las religiosas no adoptaron el nombre de Ultimio, prefiriendo llamar á Juan Valjean *el otro Fauvent*.

Si la mirada de aquellas santas mujeres hubiera participado algo de la mirada de Javert, habrían podido observar al fin y al cabo que, cuando era menester salir fuera del convento, á alguna diligencia propia de la conservacion y de las tareas del jardin, siempre era Fauchelevent el mayor, el viejo, el patizambo, el achacoso á quien tocaba ir á tales mandados, y jamas al otro; pero bien fuese por

IX

CLAUSURA

Coseta en el convento prosiguió en su silencio

Naturalmente Coseta se creía hija de Juan Valjean. Por lo demas, como ella nada sabia, nada podia decir tampoco; y en todo caso, es seguro que nada habria dicho nunca. Lo hemos hecho notar hace poco, nada acostumbra tan bien á los niños al silencio como la desgracia. Coseta habia sufrido tanto, que tenia temor de todo; temia hablar, y áun respirar. ¡ Eran tantas las veces que una sola palabra habia sido para ella un cúmulo de disgustos y de sufrimientos! Apénas empezaba á tranquilizarse desde que se hallaba con Juan Valjean. Muy pronto se habituó al convento. Lo único que echaba de ménos era Catalina, pero se guardaba ella muy bien de decirlo. Una vez sin embargo se aventuró á decir á Juan Valjean: « Padre, si yo hubiera sabido esto, me la habria traído. »

que los ojos levantados siempre hácia Dios no sepan espiar, ó bien que se hallaran ellas ocupadas con preferencia en espiarse unas á otras, el hecho es que ac prestaron á esto la menor atencion.

Por lo demas, Juan Valjean hizo perfectamente exmanentarse así oculto y no moverse en ninguna direccion; porque Javert permaneci6 observando aquel barrio por espacio de más de un mes.

Aquel convento era para Juan Valjean como una isla cercada de remolinos, es decir, de abismos. Todo el mundo se encerraba ya para él en aquellas cuatro paredes. Desde allí veía el cielo suficientemente para estar tranquilo y sereno, y á Coseta lo bastante para ser dichoso.

Una vida dulce y apacible recomenzó para él.

Habitaba con el viejo Fauchelevent la barraca situada en el fondo del jardín. Aquella casucha construida de cascote, que existía aún en 1845, se componía, como hemos dicho, de tres piezas, las cuales estaban todas desmanteladas, sin tener más que las paredes. La principal había sido cedida, á la fuerza, pues Juan Valjean lo resistió inútilmente, por el tío Fauchelevent al señor Magdalena. Además de los dos clavos destinados á colgar la rodillera y la canasta, las paredes de aquella pieza tenían por adorno un papel-moneda realista del año 93 pegado en uno de los lienzos, sobre la chimenea, y cuyo facsimile exacto es el siguiente:

• Hé aquí la traducción:

EJÉRCITO CATÓLICO Y REAL
De órden del Rey
Bono negociable de DIEZ LIBRAS
para suministros al ejército
reembolsable en la paz



Este asignado vendeano había sido pegado en la pared por el jardinero predecesor de Fauchelevent, un antiguo *chouan* que había muerto cuando aquel fué llamado á reemplazarle.

Juan Valjean trabajaba todos los días en el jardín, y era allí muy útil. Como había sido podador en otro tiempo, se avenía muy bien con su nuevo oficio de jardinero. Recordará el lector sin duda que él poseía toda especie de recetas y de secretos de cultivo, de los cuales, como es natural, procuró ahora sacar partido. Casi todos los árboles de la huerta eran bravíos; los ingertó, obteniendo de ellos excelentes frutas.

Coseta tenía permiso para ir todos los días á pasar una hora en su compañía. Como las religiosas estaban siempre tristes y él era tan bueno, la niña le comparaba y le adoraba. A la hora convenida, se apresuraba á dirigirse hácia la barraca. Cuando ella entraba en aquella casucha, la llenaba de gozo y de gloria. Juan Valjean sentía dilatársele el corazón, notando que su dicha se aumentaba con la dicha que él procuraba á Coseta. La alegría que inspiramos tiene la deliciosa propiedad de que, lejos de debilitarse como todo reflejo, se nos vuelve aún más radiosa que ántes. En las horas de recreo. Juan Valjean la miraba de lejos jugar y correr, y distinguía su risa de la risa de las otras.

Pues ahora Coseta reía.

Y aún hasta cierto punto había cambiado también en tan poco tiempo la cara de la niña. El ceño sombrío había desaparecido. La risa es el sol, que ahuyenta el invierno del rostro humano.

Concluidas las horas de recreo, cuando Coseta volvía á entrar en el colegio, Juan Valjean se ponía á mirar á las ventanas de su clase; y por la noche, solía levantarse para mirar hácia las ventanas de su dormitorio.

Por lo demas, Dios tiene sus vias y sus medios, y el convento también contribuyó, como Coseta, á mantener y á completar en Juan Valjean la obra del obispo. Es indudable que la virtud, por uno de sus lados, suele tocar al orgullo. Existe en este terreno un puente construido por el diablo. Tal vez se hallaba Juan Valjean, sin él pensarlo, bastante cerca de este lado y de este puente, cuando la Providencia le arrojó al convento del Petit-Picpus; mientras que no se había comparado sino con el obispo, babíase hallado indigno y había sido humilde; pero de algun tiempo á esta parte, comenzaba á compararse con los hombres, y el orgullo renacía. ¿ Quién sabe? tal vez habría concluido por volver poco á poco á su antiguo odio.

El convento le detuvo en esta fatal pendiente.

Era aquella la segunda morada de cautiverio que él veía. En su juventud, en lo que había sido para él principio de la vida, y más adelante, recientemente aún había visto otra mansión horrenda, espantosa, y cuyas severidades le habían parecido siempre ser la iniquidad de la justicia y el crimen de la ley. Hoy, despues del presidio, veía el claustro; y al pensar que había formado parte del presidio, y que ahora era, por decirlo así, espectador del claustro, los confrontaba con ansiedad en su pensamiento.

Á veces solía apoyarse en su azadon, y descendía lentamente por las espirales sin fin y sin fondo

del desvario sombrío en que vagaba su imaginación.

Acordábase de sus antiguos compañeros; de cuán miserable era su existencia; pues se levantaban desde el amanecer y trabajaban hasta las últimas horas de la noche, dejándoles apenas tiempo necesario para el sueño; dormían en camas de campaña, en las cuales no les era permitido tener sino colchones de dos pulgadas de espesor, en unas habitaciones donde no se hacía lumbre sino en los meses más rudos del año; hallábanse vestidos de horribles chaquetas encarnadas: en la época de los grandes calores, permitíaseles, por favor, un pantalon de lienzo, y un abrigo de lana en la espalda durante los grandes frios; no bebían vino ni comían carne sino cuando iban « á la fatiga. » Vivían, no teniendo ya nombres, designados solamente por números y en cierto modo convertidos en guarismos, con los ojos bajos, la voz baja, el pelo rapado, bajo la ley del palo, y en la mayor ignominia.

Y en seguida volvíase su mente y recaía sobre estos otros seres que tenía ahora ante sus ojos.

También estas creaturas vivían con el pelo cortado, la vista baja, la voz baja, no en la ignominia, pero sí en medio de las burlas y el escarnio del mundo, no con las espaldas molidas á palos, pero con los ijares martirizados por la disciplina. Para ellas también se habían desvanecido sus nombres en el siglo, no existiendo ya sino bajo las más austeras apelaciones. Jamás comían carne, ni tampoco bebían vino: frecuentemente permanecían sin tomar alimento hasta á la noche; hallábanse vestidas, no de una chaqueta encarnada, sino de un sudario negro, de lana, pesado en estío, ligero en invierno, sin poder añadirle ni quitarle nada; sin tener siquiera, según la estación, el recurso del vestido de hilo ni del abrigo de lana: llevando además durante seis meses del año camisas de estameña que las ocasionaban la fiebre. Habitaban, no en salas donde hicie-

ran lumbre solamente en los fríos rigurosos, sino en celdas donde no se encendía jamás fuego ninguno; se acostaban, no en colchones de dos pulgadas de espesor, sino sobre la paja. Por último, ni siquiera se las dejaba disfrutar del sueño; todas las noches, después de un día de continua fatiga, era preciso, en medio de la postración del primer reposo, en el instante mismo en que principiaban á dormir, y á caleatarse apenas, despertar, levantarse é ir inmediatamente á rezar en una capilla helada y sombría, con ambas rodillas sobre la dura piedra.

En ciertos días, era menester que cada una de estas criaturas, por su turno riguroso permaneciese, durante doce horas seguidas, arrodillada sobre las baldosas ó prosternada, el rostro contra el suelo y los brazos en cruz.

Aquellos eran hombres, estas otras eran mujeres.

¿Qué habían hecho aquellos hombres? Habían robado, estafado, violado, matado, asesinado. Eran bandidos, falsarios, envenenadores, incendiarios, asesinos, parricidas. ¿Qué habían hecho estas mujeres? No habían hecho nada.

Por un lado, el latrocinio, el fraude, el dolo, la violencia, la lubricidad, el homicidio, todas las especies de sacrilegio, todas las variedades del atentado y del crimen; por otro lado, una sola cosa, la inocencia.

La inocencia perfecta, casi arrebatada en una especie de raptó, en una misteriosa asunción, adherida aún á la tierra por los lazos de la virtud, unida ya al cielo por los de la santidad.

Allí, confidencias de crímenes que se hacen en voz baja. Aquí, la confesión de las culpas hecha en alta voz. ¡Qué crímenes! y qué culpas!

En un lugar, miasmas pútridos, en el otro un perfume inefable. Allí, una peste moral, guardada á vista, acorralada por los cañones, y devorando lentamente á sus apesadados; aquí un casto abrazo de todas las almas en el

mismo centro. Allá, las tinieblas; acá, la sombra; pero una sombra llena de claridades, y claridades inundadas de un esplendor que deslumbra.

Dos mansiones de esclavitud; pero en la primera, el rescate posible, un límite legal siempre entrevisto, y además la evasión. En la segunda, la perpetuidad; y por toda esperanza, en la lejana extremidad del porvenir, esa vislumbre de libertad que los hombres llaman la muerte.

En la primera, no se hallan encadenados sino con cadenas; en la segunda, hállanse encadenados por la fe.

¿Qué es lo que se desprendía de aquella primera mansión? Una maldición formidable, inmensa, el rechinar de dientes, el rencor, la maldad desesparada, un gródero derabia contra la asociación humana, un sarcasmo al cielo.

¿Qué emanaba de la segunda? La bendición y el amor.

Y en estos dos sitios, tan semejantes y tan diversos, esas dos especies de seres tan diferentes, cumplían la misma obra, la expiación.

Juan Valjean comprendía bien la expiación de los primeros; la expiación personal, la expiación por sí mismo. Pero no comprendía la de estos otros, la de estas criaturas sin reproche y sin mancilla, y se preguntaba con cierto estremecimiento: ¿Expiación, de qué? ¿qué expiación?

Una voz le respondía allá en el fondo de su conciencia; la más divina de las generosidades humanas, la expiación por los demás.

Toda teoría personal queda aquí reservada; no somos más que meros narradores; colocándonos bajo el punto de vista de Juan Valjean, no hacemos otra cosa que traducir sus impresiones.

Tenía él ante sus ojos la cumbre sublime de abnegación, la más alta cima de la virtud que es posible al canzar; la inocencia que perdona á los hombres sus faltas y que las expia en lugar de ellos; y por ellos la servidumbre su-

frida, el tormento aceptado, el suplicio reclamado por las almas que no han pecado, para dispensar de él á las almas que han delinquido; el amor de la humanidad abismándose en el amor de Dios, pero permaneciendo allí distinto y suplicante; seres débiles é interesantes, que reunen en sí la miseria de los que son castigados y la sonrisa de los que son recompensados.

Y se acordaba él entónces de que habia osado quejarse!

Frecuentemente solia levantarse á média noche para ponerse á escuchar el canto reconocido de aquellas criaturas inocentes y agobiadas de severidades, y sentia helársele la sangre en las venas al pensar que aquellos que se hallaban castigados justamente no levantaban su voz al cielo sino para blasfemar, y que él, miserable, habia mostrado el puño á Dios.

Cosa sorprendente y admirable y que le hacia cavilar profundamente, como un aviso dado en voz baja por la misma Providencia: la escalada, las clausuras rotas, la aventura aceptada hasta la muerte, la difícil y penosa ascension, todos aquellos esfuerzos que él habia hecho para salir del otro lugar de expiacion, los habia hecho para entrar en este. ¿Era esto acaso un símbolo de su destino?

Aquella casa era tambien una prision, y se asemejaba lúgubrementé á la otra morada de la cual se habia él escapado; y sin embargo, nunca habia tenido la idea de cosa igual.

Volvia á ver allí verjas, cerrojos, barras de hierro, ¿para guardar á quién? Á unos ángeles.

Aquellas altas paredes que él habia visto al rededor de los tigres, veíalas ahora de nuevo al rededor de las ovejas.

Era este un lugar de expiacion, y no de castigo; y sin embargo, era aún más austero, más triste, más inclemente y terrible que el otro. Estas virgenes se hallaban tratadas con mayor dureza que los galeotes. Un viento frio y rudo, aquel viento que habia helado su juventud, atravesaba la

fosa bastionada y enrejada de los buitres; un cierzo más aspero y más doloroso aún soplabá en la jaula de las palomas.

¿Por qué?

Cuando pensaba en estas cosas, todo cuanto en él existía se abismaba y confundía ante ese misterio de sublimidad.

En estas meditaciones se desvanecía el orgullo. Hizo toda especie de rodeos y de vueltas sobre sí mismo; se encontró mezquino y lloró muchas veces.

Todo lo que habia entrado en su vida durante los seis meses últimos, le iba encaminando lo hácia las santas prescripciones del obispo; Coseta por el amor, el convento por la humildad.

Á veces, por la tarde, en el crepúsculo á la hora en que el jardín se hallaba desierto, veíanle arrodillado en medio de la calle de árboles que flanqueaba la capilla, ante la misma ventana por donde habia mirado la noche de su llegada, vuelto hácia el sitio donde él sabia que la hermana que hacia la reparacion se hallaba prosternada en sus fervorosas oraciones. Tambien él dirigía ple garías al cielo, de rodillas frente á aquella hermana.

Diriase que no se atrevía á arrodillarse directamente en presencia de Dios.

Aquel jardín apacible, aquellas flores embalsamadas, aquellas niñas saltando y gritando alegremente, aquellas mujeres graves y sencillas, aquel claustro silencioso, todo cuanto le rodeaba, le iba penetrando lentamente; y poco á poco su alma se componía de silencio como aquel claustro, de perfume como aquellas flores, de paz como aquel jardín, de sencillez como aquellas mujeres, de alegría como aquellas niñas. En seguida recordaba que, en los momentos más críticos de su vida, dos casas de Dios eran las que le habian acogido sucesivamente; la primera, cuando todas las puertas se cerraban para él y se veía rechazado en todas partes por la sociedad humana; la se-

gunaa, en el momento en que la sociedad humana volvía á emprender su persecucion y á abrirle de nuevo las puertas del presidio; y que sin la primera habria él recaído en el crimen, y sin la segunda en el suplicio.

Todo su corazon se fundia y se dilataba en el más profundo reconocimiento, y amaba más y más cada vez.

Asi fueron transcurriendo algunos años, durante los cuales Coseta crecia y se iba formando.

DEL TOMO SEGUNDO Y DE LA SEGUNDA PARTE



INDICE

DEL TOMO SEGUNDO

SEGUNDA PARTE

COSETA

LIBRO PRIMERO. -- WATERLOO.

I. Lo que se encuentra viniendo de Nivelles.	3
II. Hugomont.	6
III. El 18 de Junio de 1815.	15
IV. A.	19
V. El <i>quid obscurum</i> de las batallas.	23
VI. Las cuatro de la tarde.	26
VII. Napoleon de buen humor.	31
VIII. El emperador dirige una pregunta al guía Lacost.	38
IX. Lo inesperado.	42
X. La meseta de Mont-Saint-Jean.	47
XI. Mal guía para Napoleon, buen guía para Bülow.	54
XII. La guardia.	57
XIII. La catástrofe.	60
XIV. El último cuadro.	64
XV. Cambronne.	66
XVI. <i>Quot libras in duce?</i>	70